

“LA EMERGENCIA NO HA TERMINADO; HA CAMBIADO DE FASE.”

Entrevista con P. Txuo Rodríguez Villarroel, S.J.

24 de julio de 2026

1. Un mes después de los terremotos, ¿cómo describiría la situación actual de las comunidades más afectadas? ¿Qué ha cambiado desde las primeras semanas?

Un mes después de los terremotos, la situación continúa siendo muy compleja y profundamente desigual. En algunas zonas de Caracas, como Los Palos Grandes, Altamira y Chacao, ha sido posible estabilizar la atención inmediata y recuperar parcialmente la dinámica cotidiana. A primera vista, podría parecer que la vida está regresando a la normalidad. Sin embargo, cuando recorremos estas comunidades y conversamos con las personas, descubrimos una realidad mucho más dolorosa: existen cientos de edificaciones afectadas y numerosas familias que todavía no han podido regresar a sus hogares.

Por eso, detrás de esa aparente normalidad, debemos preguntarnos dónde están viviendo esas personas, en qué condiciones se encuentran y cuáles son sus perspectivas para los próximos meses. La estabilización del entorno no significa que la situación de las familias haya sido resuelta. Muchas permanecen desplazadas, alojadas con familiares, en refugios temporales o buscando alternativas habitacionales.

En La Guaira, que consideramos una de las principales “zonas cero” de la emergencia, la realidad sigue siendo especialmente crítica. Continúan las labores de remoción de escombros y recuperación de personas fallecidas. Persisten las dificultades de acceso, los daños severos en viviendas e infraestructuras, las interrupciones de servicios básicos y la presencia de familias desplazadas o viviendo en condiciones muy precarias.

Hoy debo decirlo con mucha responsabilidad: la emergencia no ha terminado; ha cambiado de fase.

Durante los primeros días, la respuesta estuvo concentrada en la búsqueda de sobrevivientes, el rescate entre los escombros, la atención de las personas heridas y la asistencia inmediata a las familias afectadas. Hoy, el centro de nuestra acción son las familias damnificadas: personas que han perdido sus viviendas, comunidades que permanecen en refugios temporales y hogares que necesitan reconstruir no solo sus casas, sino también sus condiciones de vida, sus vínculos comunitarios y su esperanza.

Desde el día cero, la Compañía de Jesús ha estado presente junto a las comunidades afectadas. A través de nuestros dos centros de acopio y distribución de ayuda humanitaria,

hemos trabajado para aliviar el sufrimiento, atender las necesidades más urgentes y acompañar de manera cercana y responsable a quienes más lo necesitan.

Sin embargo, nuestra respuesta no se limita a la atención inmediata. Mientras continuamos garantizando alimentos, agua segura, medicamentos, artículos de higiene, protección y acompañamiento psicosocial, estamos construyendo un Plan de Acción común que articule las capacidades de todas las obras y plataformas apostólicas de la Compañía de Jesús.

Este plan nos permitirá avanzar de la respuesta humanitaria urgente hacia una estrategia integral de recuperación temprana, recuperación y reconstrucción. Buscamos sumar capacidades, evitar esfuerzos aislados y asegurar una presencia coordinada, sostenida y eficaz junto a las comunidades afectadas.

Se trata de responder hoy a la urgencia sin perder de vista el mañana: atender lo humanitario con eficacia y, al mismo tiempo, construir una ruta sostenible que permita a las familias recuperar sus hogares, sus medios de vida, sus comunidades y su esperanza. Queremos estar presentes no solo durante la emergencia, sino también en el largo y exigente proceso de levantarse, reconstruir y volver a comenzar.

Esta nueva etapa es especialmente delicada porque las necesidades se vuelven menos visibles, más profundas y más prolongadas. Después del impacto inicial, el sufrimiento no desaparece; muchas veces se vuelve más silencioso. Por eso es fundamental mantener una presencia cercana, coordinada y responsable, especialmente junto a los niños y niñas, las personas mayores, las personas enfermas o con discapacidad y las familias que lo han perdido todo.

2. ¿Cuáles son hoy las necesidades más urgentes? ¿Son las mismas que al inicio o han evolucionado?

Las necesidades que comienzan a manifestarse son numerosas, diversas y de largo plazo. Ninguna institución puede responder por sí sola a todas ellas. Por eso, desde la Compañía de Jesús queremos actuar con responsabilidad, concentrando nuestros esfuerzos en aquellos ámbitos en los que nuestras obras, capacidades, experiencia y presencia territorial pueden aportar un valor real, siempre en coordinación con las comunidades, las instituciones públicas y otras organizaciones humanitarias.

Entre las necesidades que hoy aparecen con mayor fuerza se encuentran la evaluación estructural y la rehabilitación de viviendas; la búsqueda de soluciones habitacionales temporales y permanentes; la recuperación de servicios básicos y espacios comunitarios; la continuidad educativa de niños, niñas y adolescentes; la atención de la salud mental y el acompañamiento del duelo; la recuperación de medios de vida; la protección y organización de las familias que permanecen en refugios; el acceso a información clara sobre riesgos,

ayudas y posibilidades de retorno; y el manejo digno de las personas fallecidas, junto con el acompañamiento cercano a sus familiares.

Frente a esta realidad, la Compañía de Jesús no pretende abarcarlo todo, sino discernir dónde nuestra misión y nuestras capacidades pueden ofrecer una contribución más pertinente, eficaz y sostenible. Acompañaremos especialmente aquellos procesos en los que contamos con experiencia, redes apostólicas, presencia comunitaria y posibilidades reales de intervención.

Entendemos, además, que la respuesta no puede limitarse a la distribución de alimentos o insumos. Nuestra misión es acompañar integralmente a las personas: atender necesidades materiales, proteger su dignidad, escuchar su dolor, fortalecer las capacidades de las comunidades y contribuir a procesos de recuperación y reconstrucción que permitan a las familias levantarse, recuperar su autonomía y reconstruir su esperanza.

Esta transición también nos exige reconocer que la Compañía de Jesús no ha permanecido al margen de los efectos del terremoto. Nuestras infraestructuras, nuestros equipos de trabajo y nuestras capacidades institucionales también han sido afectadas. Hay personas que trabajan en nuestras obras que han perdido sus viviendas, familias vinculadas a nuestra misión que han perdido a seres queridos y colaboradores que viven las consecuencias emocionales y psicológicas de esta tragedia.

Por eso, además de acompañar a las comunidades damnificadas, internamente debemos cuidar y recomponer nuestros propios equipos. Necesitamos ofrecer acompañamiento humano y psicosocial, atender las situaciones de mayor vulnerabilidad, reorganizar responsabilidades y recuperar las condiciones necesarias para que nuestras obras puedan continuar prestando sus servicios.

Diversos centros educativos y espacios institucionales de la Compañía de Jesús presentan daños que deben ser evaluados y rehabilitados, entre ellos 25 centros de Fe y Alegría, el Colegio San Ignacio, el Complejo Educativo Jesús Obrero, algunos espacios de la Universidad Católica Andrés Bello y varias comunidades jesuitas. Aunque los niveles de afectación son diferentes, estas intervenciones son indispensables para recuperar plenamente nuestra capacidad de acompañamiento y servicio.

Una de nuestras prioridades es movilizar los recursos necesarios para que, en septiembre, los niños, niñas, adolescentes y jóvenes puedan regresar a clases en espacios dignos y seguros. Rehabilitar los centros educativos no significa solamente reparar edificios; significa restablecer lugares de aprendizaje, protección, alimentación, encuentro, contención emocional y esperanza para los estudiantes, sus familias y las comunidades.

Estamos, por tanto, ante un doble desafío: continuar respondiendo a las necesidades urgentes de la población y, al mismo tiempo, cuidar a quienes sostienen diariamente esta respuesta. Para proteger y acompañar a los más vulnerables, también debemos fortalecer a

nuestros equipos, recuperar nuestras infraestructuras y restablecer nuestras capacidades institucionales.

Esta nueva etapa requerirá tiempo, recursos, acompañamiento técnico, coordinación entre distintos actores y un compromiso sostenido de la comunidad nacional e internacional. Solo así podremos continuar presentes junto a las familias afectadas y sostener, con responsabilidad y cercanía, el largo proceso de recuperación y reconstrucción.

3. ¿Qué piden a las autoridades y a la comunidad internacional de cara a las próximas semanas y meses?

Después de un mes, lo que puedo compartir es una lectura desde quienes estamos en la primera línea de la respuesta y permaneceremos junto a las comunidades cuando disminuya la atención pública.

En primer lugar, pedimos a las autoridades que fortalezcan la coordinación entre todos los actores presentes en el terreno: instituciones del Estado, organismos humanitarios internacionales, Iglesia católica, organizaciones de la sociedad civil, comunidades y equipos técnicos. El despliegue logístico realizado durante las primeras semanas ha sido indispensable y ha permitido mantener corredores de acceso y responder a necesidades urgentes. Ahora necesitamos avanzar hacia una coordinación más estable, con protocolos técnicos claros, información compartida y criterios transparentes de priorización, para que la asistencia llegue de manera equitativa y oportuna, no solamente a las comunidades más visibles o mejor conectadas, sino también a las más aisladas y vulnerables.

En segundo lugar, pedimos que se comprenda que esta no es una emergencia de treinta días. Antes del terremoto, el país ya enfrentaba profundas fragilidades sociales, económicas y humanitarias: un sistema de salud deteriorado, servicios básicos debilitados y millones de niños, niñas y familias en condiciones de vulnerabilidad. El terremoto no creó estas dificultades, pero las hizo más evidentes, las profundizó y multiplicó sus consecuencias.

Por eso, agradecemos profundamente la ayuda de emergencia, que ha permitido salvar vidas y aliviar el sufrimiento de muchas familias, pero solicitamos un compromiso financiero sostenido y previsible para la recuperación temprana, la rehabilitación y la reconstrucción. Este proceso no tomará semanas ni meses; requerirá años de acompañamiento, inversión, capacidad técnica y continuidad.

En tercer lugar, hacemos un llamado a la comunidad internacional para que esta emergencia no sea invisibilizada. Es cierto que, con el paso de las semanas, el terremoto ha dejado de ser una noticia viral y ha perdido presencia en las redes sociales y en los medios de comunicación. Sin embargo, la emergencia continúa siendo una realidad concreta y cotidiana para las familias que han perdido sus viviendas, sus medios de vida o a sus seres queridos.

Pedimos que la situación de las comunidades afectadas se mantenga en las agendas de trabajo con los gobiernos, las agencias de cooperación y los organismos internacionales. Cuando se apaguen las cámaras y disminuya la atención mediática, las necesidades seguirán presentes. La pérdida de visibilidad no puede convertirse en pérdida de solidaridad, financiación o compromiso político.

En cuarto lugar, solicitamos que la cooperación internacional reconozca, escuche y fortalezca a las organizaciones locales que llevan años trabajando en los territorios. Durante las grandes emergencias llegan organismos internacionales con capacidades, conocimientos y recursos muy valiosos; su presencia es necesaria y la agradecemos. Sin embargo, con el paso del tiempo, muchos de ellos concluyen sus operaciones y se retiran.

En el territorio permanecemos organizaciones de la Iglesia, de la sociedad civil y de las propias comunidades que trabajábamos antes del terremoto, que estamos respondiendo durante la emergencia y que seguiremos presentes cuando termine la atención internacional. No permanecemos únicamente por una responsabilidad institucional, sino porque esta es nuestra misión, nuestra opción y nuestro compromiso con las personas.

Por eso, la respuesta internacional debe complementar y fortalecer las capacidades locales, no sustituirlas ni generar estructuras paralelas. Es fundamental establecer alianzas con las organizaciones que conocen el territorio, cuentan con la confianza de las comunidades y pueden garantizar acompañamiento, seguimiento y rendición de cuentas a largo plazo. Invertir en las capacidades locales es también una manera de asegurar que los resultados de la cooperación sean más pertinentes, sostenibles y duraderos.

Como sacerdote, como profesional de la cooperación internacional y como coordinador de la respuesta de la Compañía de Jesús, insisto en que debemos construir una actuación conjunta centrada en la dignidad de las personas afectadas. Esto exige garantizar información veraz, canales claros para que las familias puedan hacer seguimiento de sus casos, mecanismos de protección y espacios reales de participación comunitaria en las decisiones relacionadas con su atención, reubicación, recuperación y reconstrucción.

Nuestro compromiso es permanecer junto a la gente más allá de la urgencia inicial y de las donaciones espontáneas. Queremos acompañar a las comunidades no solo para que sobrevivan a la emergencia, sino para que puedan recuperar sus derechos, sus capacidades, sus proyectos de vida y su esperanza.

4. ¿Cuál ha sido la respuesta de la Compañía de Jesús ante la emergencia?

Desde los terremotos del 24 de junio de 2026, la Compañía de Jesús en Venezuela activó una respuesta humanitaria, técnica, institucional y pastoral bajo una orientación común: La Misión es Venezuela – Emergencia 2026. Una sola misión, una sola respuesta.

Nuestra prioridad ha sido colocar en el centro a las personas, familias y comunidades afectadas, articulando las capacidades de las distintas obras jesuitas, equipos técnicos, voluntarios y aliados nacionales e internacionales. La emergencia no ha sido abordada como una suma de iniciativas aisladas, sino mediante una estructura común de coordinación, con criterios compartidos, responsabilidades definidas y mecanismos de seguimiento y rendición de cuentas.

Cada institución ha aportado desde su experiencia. Fe y Alegría, mediante su presencia educativa y comunitaria; las parroquias, facilitando el acceso a las comunidades y el acompañamiento pastoral; la Universidad Católica Andrés Bello, con sus capacidades logísticas, técnicas, jurídicas y psicosociales; el Centro Gumilla, desde el análisis social y el acompañamiento comunitario; y el Servicio Jesuita a Refugiados, con su experiencia en protección y atención a personas desplazadas y en condiciones de especial vulnerabilidad.

El Colegio San Ignacio se han convertido, además, en una plataforma fundamental para la recepción, clasificación y distribución de ayuda nacional e internacional, gracias al trabajo de cientos de voluntarios, personal institucional y organizaciones aliadas.

Uno de los principales componentes de la respuesta ha sido la activación de los centros de acopio de la UCAB, CERPE y el Colegio San Ignacio. Desde estos espacios se han recibido y distribuido alimentos, agua, medicamentos, equipos e insumos médicos, productos de higiene, colchones, ropa, enseres y materiales para refugios, rescate y remoción de escombros.

Las cifras consolidadas hasta el momento indican que más de 50.000 personas han recibido algún tipo de atención o ayuda humanitaria, de manera directa o a través de más de 100 organizaciones, parroquias, instituciones y redes comunitarias a las que se han entregado suministros. Esta es todavía una cifra preliminar, porque el Centro de Acopio del Colegio San Ignacio continúa activo y diariamente se reciben, evalúan y atienden nuevas solicitudes.

Entre el 27 de junio y el 3 de julio, el Centro de Acopio de la UCAB gestionó 444 solicitudes, movilizó a más de 500 voluntarios y distribuyó aproximadamente 39.089 unidades de insumos, equivalentes a unas 161,9 toneladas métricas. Se realizaron 229 despachos hacia más de 130 destinos en La Guaira, Caracas, Miranda y Aragua. Durante ese período, alrededor de 10.800 personas fueron atendidas directamente. Asimismo, la articulación con organizaciones especializadas permitió preparar más de 1.200 comidas diarias durante los momentos de mayor demanda.

En La Guaira, la coordinación con Cáritas y la diócesis facilitó la distribución de ayuda mediante una red de 25 sedes parroquiales, lo que permitió llegar a comunidades que enfrentaban mayores dificultades de acceso.

Por su parte, el Centro de Acopio del Colegio San Ignacio ha recibido y gestionado más de 1.200 solicitudes de ayuda, ha distribuido más de 7.000 toneladas métricas y ha atendido a

decenas de parroquias, organizaciones sociales, centros de salud, comunidades e instituciones. Desde este centro se han entregado alimentos, agua, medicamentos, insumos hospitalarios, artículos de higiene y equipos destinados a rescate y atención de la emergencia.

Para garantizar la transparencia y la trazabilidad, también se desarrolló una plataforma digital que conecta las necesidades de las comunidades con las donaciones, los inventarios y los órdenes de despacho. Ningún insumo sale sin una solicitud previamente validada, un registro documental y un comprobante de entrega. El sistema permite conocer qué se recibió, de dónde provino, a quién fue entregado y cuál fue su destino humanitario.

La respuesta de la Compañía de Jesús no termina en los centros de acopio. Mientras continúa la atención inmediata, ya estamos trabajando en la recuperación temprana y en la reconstrucción: continuidad educativa, rehabilitación de infraestructuras, acompañamiento psicosocial, protección de las personas más vulnerables y recuperación de los medios de vida.

Nuestra tarea es permanecer al lado de las comunidades, no solamente durante los días de mayor visibilidad de la emergencia, sino durante todo el proceso de recuperación. Esa es nuestra misión: acompañar, servir, articular capacidades y contribuir a que las personas afectadas puedan reconstruir sus vidas con dignidad y esperanza.

5. Mirando hacia adelante: ¿cuáles son las prioridades para los próximos meses y cuándo comenzará la recuperación?

La transición de la emergencia hacia la recuperación y la reconstrucción no se producirá de manera abrupta ni en una fecha única. En algunas comunidades todavía será necesario mantener la asistencia humanitaria inmediata, mientras que en otras ya podrán iniciarse acciones de recuperación temprana. Por ello, durante los próximos meses coexistirán las distintas fases de la respuesta, de acuerdo con las necesidades, los daños y las capacidades de cada territorio.

Para orientar este proceso, la Compañía de Jesús en Venezuela está construyendo un Plan Único de Respuesta, Recuperación y Reconstrucción, que reúne a sus obras, instituciones y redes apostólicas bajo una orientación común: Una sola misión, una sola respuesta.

Este plan no significa que todas las instituciones deban realizar las mismas actividades. Significa que Fe y Alegría, la UCAB, el Servicio Jesuita a Refugiados, el Centro Gumilla, las parroquias, los colegios, las obras sociales y las demás instituciones trabajarán dentro de un mismo marco estratégico, con prioridades compartidas, criterios comunes de intervención, presupuestos articulados y mecanismos de coordinación, seguimiento y rendición de cuentas.

Cada obra aportará desde su experiencia, sus capacidades y su presencia territorial. El objetivo es evitar la duplicación de esfuerzos, aprovechar mejor los recursos disponibles y garantizar que la ayuda llegue de manera oportuna a las personas y comunidades que enfrentan mayores niveles de vulnerabilidad.

El Plan Único será, por tanto, la hoja de ruta común para avanzar desde la atención inmediata hacia la recuperación y la reconstrucción. Estará organizado en seis líneas de intervención:

1. **Ayuda de emergencia:** garantizar alimentos, agua, medicinas, artículos de higiene y otros bienes esenciales a las familias más vulnerables, así como evaluar la seguridad de las infraestructuras afectadas.
2. **Educación en emergencias:** asegurar la continuidad educativa, recuperar aulas y servicios de agua y saneamiento, prevenir la deserción escolar y ofrecer acompañamiento socioemocional a estudiantes, docentes y familias.
3. **Protección y derechos:** acompañar a niños, niñas, adolescentes, personas desplazadas y familias vulnerables en la restitución de sus derechos, el acceso a documentación y la prevención de abusos, violencia, explotación y trata de personas.
4. **Salud física y emocional:** facilitar atención médica, orientación preventiva, apoyo psicosocial, acompañamiento en el duelo y fortalecimiento de las redes comunitarias de cuidado.
5. **Medios de vida y activación económica:** apoyar la recuperación de empleos, emprendimientos y actividades productivas mediante formación, herramientas, acompañamiento técnico y capital semilla.
6. **Fortalecimiento institucional:** mejorar las capacidades de las obras para responder de manera coordinada, segura y transparente; institucionalizar protocolos de emergencia y cuidar el bienestar físico, emocional y espiritual de trabajadores y voluntarios.

La prioridad para los próximos meses será atender las necesidades que aún siguen siendo urgentes, al mismo tiempo que se crean las condiciones para que las comunidades recuperen progresivamente su autonomía. La respuesta no puede limitarse a la entrega de ayuda. Debe contribuir a que las personas recuperen sus derechos, sus capacidades, sus medios de vida y sus proyectos de futuro, fortaleciendo también el tejido social y comunitario afectado por el terremoto.

6. ¿Por qué es fundamental que los donantes continúen acompañando la respuesta y qué mensaje quisiera transmitir a los amigos y donantes de Estados Unidos que han apoyado la campaña durante este primer mes?

Durante este primer mes, nuestra prioridad ha sido aliviar el sufrimiento de las personas afectadas: llevar alimentos, agua, medicinas, abrigo y una presencia cercana en medio del dolor. Hemos llegado hasta aquí gracias a ustedes y a miles de personas en distintos lugares

del mundo que respondieron al llamado de la Compañía de Jesús en Venezuela. Cada aporte se ha convertido en ayuda concreta, en consuelo y en esperanza para familias que lo han perdido casi todo.

Ahora comienza una etapa más larga y exigente. Desde nuestras obras, aportaremos lo que somos, lo que sabemos hacer y nuestra presencia permanente en los territorios para acompañar la recuperación y la reconstrucción: educación, protección, salud física y emocional, medios de vida y fortalecimiento comunitario. Inspirados por la espiritualidad ignaciana, queremos permanecer allí donde la vida ha sido más herida, reconociendo a Dios en el rostro de quienes sufren. Por eso les pedimos que sigan caminando con nosotros: su donación no solo responde a una emergencia, sino que ayuda a reconstruir vidas, comunidades y futuro.

Txuo Rodríguez Villarroel, S.J.
Director de Unidos en la Misión
Director de la Oficina de Desarrollo
Coordinador de la Emergencia 2026
Compañía de Jesús en Venezuela